UN COCINERO,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA Á NUESTRO TEATRO

POR

Don Francisco Camprodon.

MUSICA DE

D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm.
1858.

PERSONAS.	ACTORES.
VÁTEL, gefe de cocina..	Sr. Caltañazor.
CÉSAR su hijo.....	Sr. Fuentes.
BERTRAN, mayordomo.	
LUCIA.....	Sra. Santamaria.
SEVERÓ.....	

Cocineros, pinches, marmitones, etc.

El lugar de la escena es Paris, época del primer imperio.

La propiedad del libreto de esta zarzuela, la de El Dominó azul, Los Diamantes de la Corona, Tres para una, Guerra á muerte, Marina, El Vizconde, El Diablo en el poder, El Lancero, Juan Lanas, El Relámpago, La Jardinera, Por conquista, Un Pleito *y* Beltran el aventurero, *y la de los dramas* Flor de un dia, Espinas de una flor, Libertinaje y pasion *y* Una Ráfaga, *pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*

Los corresponsales de la galeria dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una antecocina, fogon portátil en el primer plano derecha; otro id. en el primero izquierda; mesa de preparacion en el segundo término izquierda: en el centro escalera que se supone bajar á las cocinas, y en el fondo escalera que figura subir al comedor. Puerta de entrada al segundo bastidor derecha, y junto á ella la del despacho de Vátel.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece César *en traje de cocina rodeado de los oficiales, pinches, marmitones, etc., de los cuales unos tienen en la mano asadores con distintas aves, otros jamones, otros pasteles, otros pescados, etc., de manera que al levantarse el telon forme un cuadro visual.*

CORO.

Ya estan listos los jamones
y el timbal de macarrones,
los faisanes y los pavos
preparados para asar.
Entre tantos platos suaves,

entre tantos peces y aves
va á quedar oscurecido
el festin de Baltasar.

CÉSAR. Mucho cuidado, que hoy es gran dia;
hoy nuestra fama hay que aumentar;
de nuestro jefe la nombradia
hoy á la cúspide se ha de elevar.

CORO. En su sazon todo estará
ni punto menos ni punto mas.
Se harán lampreas con salsa de ostras,
los rodaballos con la de anchoas,
y la cabeza de jabalí
con trufa negra saldrá á lucir.
El jamon y la butarda,
el lenguado y el budin,
los faisanes y los pavos
y el asado de roast-beef.

CÉSAR. Que me place, que me place
el programa del festin.
Arda el fuego en los fogones
y que empiece todo á hervir.
(*Todos los coros bajan á las cocinas.*)

ESCENA II.

CÉSAR *y* LUCIA.

CÉSAR. Por fin me dejaron solo:
(*Asomándose á la puerta.*)
ya puedes entrar, lucero.

LUCIA. (*Saliendo.*)
¿Y si tu padre me encuentra?

CÉSAR. Dirás que ha sido tu objeto
consultarle cualquier guiso
y se quedará tan hueco...

LUCIA. Como él no quiere que me hables
y me pone siempre gesto...

CÉSAR. Mi padre es un pobre hombre;
solo que tiene el defecto
de tomar por lo sublime
su oficio de cocinero.

Segun él, es imposible
que haya paz en el imperio,
ni que se asegure el trono
de Napoleon primero,
ínterin no ponga en Francia
un conservatorio expreso
donde aprendan los políticos
á hacer principios idénticos,
y los guisen de manera
que los digieran los pueblos.

LUCIA. ¡Vaya una mania rara!

CÉSAR. Y no te creas, no es lerdo;
ha leido muchos libros:
solo que todos los textos
los aplica á la cocina
y hace una tortilla de ellos.

LUCIA. ¡Pobre señor!

CÉSAR. Te diré:
mi padre tuvo un abuelo,
de quien madame Sevigné,
una señora del tiempo
de Luis catorce, refiere
en un tomo de sus cuentos,
que el susodicho abuelito,
que era tambien cocinero,
tenia tal amor propio
y en tanta estima su empleo,
que un viernes, en que su amo
daba un convite soberbio,
en que debia servirse
cierto guisado de mero,
siendo la hora de comer
sin haber los arrieros
llegado con el pescado,
sintió tanto el contratiempo,
que se sopló un asador
entre la espalda y el pecho.

LUCIA. ¡Qué barbaridad!

CÉSAR. Y tanta,
porque apenas hubo puesto
por obra tal atentado,
cuando llegó el trajinero

con el pescado en la mano;
y mi pobre abuelo al verlo
dicen que murió exclamando:
¡guisadlo bien, que es muy fresco!

LUCIA. Supongo, César, que tú
no eres tan vivo de genio,
y que no te matarás
por un guiso.

CÉSAR. No por cierto;
yo no llevo el entusiasmo
artístico á tal extremo.
Pero mi padre, Lucia,
piensa de modo diverso;
dice que ese noble rasgo
dejó en la familia un sello
que excluye de nuestra raza
al que haga guisos caseros.

LUCIA. Pues; y como yo no hago otros,
me coge de medio á medio.

CÉSAR. Pero hay un atenuante.

LUCIA. ¿Y cuál es?

CÉSAR. Que yo te quiero,
y en cuanto á tí se te antoje
tomo las de Villadiego.

LUCIA. Pero ya comprenderás
que el amor que yo te tengo
no es, César, tan egoista
que te ponga en el aprieto
de que tengas por mi causa
con tu padre un rompimiento.

CÉSAR. No te apures, alma mia,
yo sabré encontrar un medio;
vaya si lo encontraré:
hoy no puedo hablarle de eso,
es dia que está inspirado
y tiene sorbido el seso
en busca de un guiso inglés,
cuya receta hace tiempo
se perdió, y él se ha empeñado
en encontrar el secreto,
para poderlo servir
en algun convite espléndido

de nuestro amo el ministro
de Negocios extranjeros.

LUCIA. Dudo que á ablandarle llegues.

CÉSAR. Lucia, mi fé te empeño;
entre mi amor y el fogon
el amor es lo primero.
¿Qué tal el plato de chochas
que ayer te mandé?

LUCIA. Soberbio.
En viniendo de tus manos...

CÉSAR. ¡Boquita de caramelo!
Creo que viene mi padre.

LUCIA. Pues yo me marcho corriendo.

CÉSAR. No, que te verá salir:
quédate, no tengas miedo;
háblale y di que has venido
á pedirle algun consejo:
eso halaga su amor propio.
No te turbes. Hasta luego. (*Váse.*)

ESCENA III.

LUCIA, VÁTEL. *Este último entrando sin reparar en Lucia.*

VÁTEL. Hierve en mi frente un fogon
de guisos de toda clase;
siento ya en germen la base
de la sacra inspiracion.
Sopa á la reina, puré
de alguna sustancia leve.

LUCIA. ¡Señor Vátel!

VÁTEL. ¿Quién se atreve
ahora?...

LUCIA. Dios guarde á usted.

VÁTEL. Lucia, no es dado entrar
hasta aqui de esta manera,
á una simple cocinera
de un simple particular.
Vedado está este recinto
á la sociedad inculta.

LUCIA. Yo he venido... de consulta.

VÁTEL. ¿De consulta? Eso es distinto:
producir fruto fecundo,
derramando la instruccion,
es, Lucia, la mision
de los genios en el mundo.
Pero explícate cuanto antes,
porque el tiempo es muy preciso.

LUCIA. Quisiera saber el guiso...
del cordero con guisantes.

VÁTEL. (*Tomando un libro de encima de la mesa y dándoselo.*)
Toma, ahí tienes mi manual;
y antes que tu ingenio obre
lee mi prefacio sobre
el cordero en general.
Lee alto.

LUCIA. (*Ap.*) ¡Voto á mi suegro!

VÁTEL. Despacha pronto, mujer;
lee cual se ha de leer.

LUCIA. Es que me estorba lo negro.

VÁTEL. ¿No sabes leer?

LUCIA. No.

VÁTEL. ¿Quién
te ha traido acá, criatura?
¿Sin saber literatura
cómo quieres guisar bien?

LUCIA. Yo no la creí, señor,
precisa para hacer platos:
dicen que los literatos
son los que comen peor;
y aunque los guisos alaben,
de pan negro se mantienen.

VÁTEL. Si; pero es porque no tienen,
pero no porque no saben.

LUCIA. Si usted me explica...

VÁTEL. Mujer,
no hagas que me mortifique.
¿De qué sirve que me explique
si no me has de comprender?
El decirlo me contrista,
mas debo desengañarte:
sin los principios del arte

no se puede ser artista.
Solo el genio que consagre
al estudio su aficion,
puede alcanzar la intencion
de un pepino con vinagre.
Quien mamó la ciencia falsa
de la cocina casera
es imposible que adquiera
la poesia de la salsa.

LUCIA. Para hacer un plato en prosa
yo creia...

VÁTEL. Mal creido;
y ya que á verme has venido,
quiero hablarte de otra cosa.
He creido descubrir
que César te quiere amar,
y no puedo tolerar
que trunques su porvenir.
Tú sabes que él se educó
bajo mis tiernos cuidados;
tanto, que ya en los asados
iba mas lejos que yo:
y hoy se pasa el dia entero
en un desconcierto tal,
que embotado por tu sal
no le echa sal al puchero.

LUCIA. ¿Y por qué teneis, señor,
ese empeño temerario?

VÁTEL. Hija, porque es necesario
que se concluya ese amor.

LUCIA. ¿Por qué?

VÁTEL. Porque es un guisado
inadmisible en su esencia,
asi por razon de ciencia
como por razon de estado.
Quien nutre en su corazon
una llama que le inflama,
no advierte, ardiendo en su llama,
que se le apaga el fogon.
Una mirada, un requiebro
en el guiso se trasluce;
pues cuando menos, produce

la excitacion del cerebro;
y el que en tal estado intenta
freir sesos aquel dia,
ten por seguro, Lucia,
que los carga de pimienta;
porque el cerebro excitado
propende á la excitacion;
y expuesta ya esta razon
paso á la razon de estado.
Tú eres pobre.

LUCIA. Por desgracia.

VÁTEL. Tú haces guisos de rutina,
y sabes que en la cocina
él es de la aristocracia.
Yo no creo que te falto
con serte franco, Lucia;
no es culpa suya ni mia
si él ha nacido tan alto.
Y entre cunas tan distantes
mal podria ser mi nuera
quien no sabe hacer siquiera
el cordero con guisantes.

LUCIA. Yo no le podré borrar
jamás de mi pensamiento.

VÁTEL. Hija, soy padre y lo siento,
mas no lo puedo llorar.
(*Váse Lucia.*)

ESCENA IV.

VÁTEL *solo.*

¡Pobre chica! Ya empezaban
á enternecerme sus lágrimas,
si hubiese tenido tiempo
de prolongar mas la plática;
pero debo, á pesar mio,
poner adusta la cara
para que no trunque á César
el porvenir que le aguarda.
Pensemos en mi convite:
¡sesenta cubiertos! ¡cáspita!

todo el cuerpo diplomático;
es decir, la flor y nata
de estómagos competentes,
la Europa culta en sustancia.
¡Quién fuera hoy poseedor
de aquella receta rara
que hace mas de medio siglo
que se perdió, y no se halla,
para confeccionar el
pudding á la cipolatta.
En vano los profesores
de la ciencia culinaria
han discutido esta tésis
á claustro pleno en las aulas:
nadie dió con el secreto.
Pudding es comida clásica
inglesa; no cabe duda,
inglesa de pura raza;
y cipolatta es un caldo
toscano que no se cuaja.
¿Cuál es pues el ingrediente,
cuál es la ignota sustancia
que hermana y funde en un guiso
á la Inglaterra y la Italia?
Dos naciones que, aunque amigas,
son por los climas contrarias,
una por extremo frígida,
otra por extremo cálida.
Mi entendimiento se pierde
en una cuestion tan árdua.
No quiero pensar en ello;
voy á tocar la campana,
que hoy es dia de combate,
y antes de dar la batalla
es necesario encender
el entusiasmo en las masas
con una arenguilla *ad hoc*
y cuatro frases ex-cátedra.
(*Toca la campanilla y acuden César y todo el coro, se forman en dos alas, y á las dos primeras palabras de Vátel se quitan los bonetes. Vátel se coloca en medio con las*

manos atrás, gesto imponente y entonacion trágica.)

ESCENA V.

VÁTEL, CÉSAR, COROS.

VATEL. Señores oficiales, marmitones,
pinches y catasalsas, Dios os guarde.
Sabed que de la Europa las naciones
convidadas estan para esta tarde;
conserve cada cual sus posiciones
y el sacro fuego que en sus hornos arde,
para que añada nuestra fé notoria
un lauro mas á la adquirida gloria.
Por diversas ideas conmovido
el mundo entero á su esplendor camina,
y el hombre que de todo ha prescindido
no puede prescindir de la cocina.
Los principios que ayer se han sostenido
hoy caen con estrépito y ruina,
quedando solo de principios tales
los nuestros, porque son fundamentales.
¡Ay del que osare con profana mano
tocar siquiera á institucion como esta:
nadie osará; se ensayaria en vano
doctrina tan insípida é indigesta.
Verdad que en el político oceano
la cocina tambien paga la fiesta,
y ora viento contrario ó viento en popa
la alcanzan los desastres de la Europa.
Recuerdo con dolor el período
de la revolucion; no se comia,
el ciego afan de reformarlo todo
le hizo olvidar el pan de cada dia:
por no dar de comer se hundió en el lodo
y huyendo su irritante economia;
las trufas y faisanes de esta tierra
pidieron hospedaje á la Inglaterra.
Alzóse allí contra ellos una liga
para cerrarles sin piedad la puerta;
pero los lores sin oir la intriga
los recibieron con la boca abierta,

y asi que olieron la sabrosa miga
que daba vida á su cocina muerta,
votaron sin el bill que es de rutina,
la reforma completa en la cocina.
Y Albion, que tanto su provecho pesa,
tragó nuestros pasteles con denuedo,
y desde entonces la cocina inglesa
hace cada pastel que canta el credo:
lo que mas á su estómago interesa ·
esa es su ley, sin importarle un bledo
si es la tajada de cerviz ó lomo:
¿el guiso sabe bien? Pues me lo como.
Esta es la ilustracion; con la alianza
del puddig plumb y del faisan trufado
se divisa una aurora en lontananza
del gusto universal uniformado.
La Europa entonces en festiva danza
se agitará en demanda de *un bocado*,
exceptuando tan solo el pueblo ibero
anclado entre la jota y el puchero.
He dicho.

CÉSAR. (*Ap.*) Gracias á Dios
que se ha acabado la arenga.

VÁTEL. Señores, puede volver
cada cual á sus tareas.

ESCENA VI.

DICHOS *y* BERTRAN.

BERT. Un momento, señor Vátel;
vengo á daros una queja

VÁTEL. ¿Una queja? Alto, señores,
á ver, á ver, media vuelta.
¿De qué se trata?

BERT. Se trata
de que ayer salió á la mesa
una menestra quemada.

VÁTEL. Señor Bertran, esa ofensa
lastima mi pundonor,
y...

BERT. No sea usted babieca;

que si no fuera mas que eso...

VÁTEL. Pero señor...

BERT. ¿Hay tal tema?...
¿Me dejará usted que acabe?

VÁTEL. Si, señor, soy todo orejas.

BERT. Pues á mas de ese descuido
que no tiene trascendencia,
faltó un principio de chochas
que estaba en lista.

VÁTEL. ¿De veras?

CÉSAR. (*Ap.*) Las que yo mandé á Lucia.

BERT. Si, señor, por vez primera
vi esta falta, y por fortuna
no lo notó su excelencia.

VÁTEL. ¿Conque ya ni los principios
se salvan de la tormenta?

BERT. No filosofe usté ahora;
basta con esta advertencia
que hago delante de todos
(*Mirando á César.*)
para que alguno me entienda.

CÉSAR. (*Ap.*) ¡Maldito! ¡con qué placer
te estofaria la lengua!

VÁTEL. Yo necesito ahora mismo
proceder con mano enérgica...

BERT. ¿A qué? ¿á tratar del guisado?
No le dé usted ya mas vueltas.

VÁTEL. ¿Del guisado? No, señor;
del desaguisado en regla
cometido en la oficina.
Señores, nadie se mueva,
que aquí va á tener lugar
una justicia tremenda.
A ver, ¿en qué seccion
radica la dependencia
responsable de las chochas?

BERT. En la de César.

VÁTEL. ¡De César!

MUSICA.

VÁTEL. César, responde;

contesta, di,
¿qué hay de las chochas?

CÉSAR. Me las comí.
VÁTEL. Tú te chanceas.
CÉSAR. Digo que no.
VÁTEL. ¡Te las comiste!
CORO. Se las comió.
VÁTEL. ¡Horror, horror, horror!
CÉSAR. Piedad, piedad, señor.

CONCERTANTE.

VÁTEL. Antes que en mi mandil
echases tal borron,
¿por qué, por qué, infeliz,
no hiciste dimision?
CÉSAR. Catélas para ver
si estaban en sazon,
y asi que las probé
la gula me tentó.
BERT., COR. Pensad, señor, que es ya
inútil el sermon;
no sirve el predicar
si ya se las comió.

—

VÁTEL. Su voto libremente
emita aqui el consejo.
CORO. Es nuestro voto unánime
que le hagan buen provecho.
CÉSAR. Adhiérome al dictámen
que da la comision.
BERT. Y yo tambien me adhiero.
VÁTEL. Yo no, yo no, yo no.
La disciplina es lo primero,
y antes que padre soy cocinero:
exonerado quedas por mí;
quítate el gorro, deja el mandil.
CÉSAR. (*Arrojando ambos objetos.*)
Me alegro mucho, ya soy feliz.

—

VÁTEL. Al ver la flema
con que el bribon

sufre su afrenta
tan sin rubor,
¡viven los cielos!
creyendo voy
que mi difunta
me la pegó.

CORO. Leve pecado
dos chochas son
para tratarle
con tal rigor:
es arbitraria
la decision,
es un exceso
del profesor.

CÉSAR. Desde los tiempos
de Salomon
está admitido
por tradicion
que de los guisos
de su fogon
el cocinero
coja el mejor.

—

VÁTEL. Cumplido el deber cruel,
vuélvase sin dilacion
cada cual á su fogon.
Dejadme á solas con él.
(*Vánse los demas.*)

ESCENA VII.

VÁTEL, CÉSAR.

VÁTEL. Escucha, jóven adulto,
tu crímen ha sido grande:
tal vez mas tarde me ablande
y te conceda el indulto,
si tú pides reverente
á tu jefe y profesor
esa gracia.

CÉSAR. No, señor,

me proclamo independiente.
¡Venirme á mí á reprender
por dos chochas con piñones
cuando usted sisa jamones!

VÁTEL. No tiene nada que ver.
La tradicion ha admitido
sin controversias ni embudos,
tomar los jamones crudos,
mas ni un guisante cocido.
La misma ley nos invita;
mira.
(*Tomando un libro que lo abre al azar. Leyendo.*)
»Judias con lomo.
Tomarás jamon.» Le tomo;
cumplo con la ley escrita.
¿Comprendes lo paradógica
que es tu doctrina?

CÉSAR. No á fé.
Lo que comprendo, es que usted
birla jamones con lógica.

VÁTEL. ¡Señor oficial!

CÉSAR. La afrenta
ha truncado nuestro lazo,
y ya que estoy de reemplazo
quiero guisar por mi cuenta.

VÁTEL. ¿Por tu cuenta?

CÉSAR. Si, señor,
soy libre, y desde este dia
voy á guisar con Lucia;
yo tengo gula de amor.

VÁTEL. ¿Tú quieres ir por tí mismo
junto al abismo á cocer?

CÉSAR. Si, señor, quiero caer
de cabeza en ese abismo.

VÁTEL. Pues bien, vete con Lucia,
vé al abismo por tu pié.

CÉSAR. Pues ya se vé que me iré.

VÁTEL. Pero oye mi profecia.
Leo en tu horóscopo fiero
escrita tu perdicion;
de escalon en escalon

irás al guiso casero:
y presa de amargos duelos
tu ciego amor te destina
á parar en una esquina
de freidor de buñuelos.

CÉSAR. Mejor, mejor y mejor;
freiré y me sabrá á cielo,
con tal que cate el buñuelo
la boquita de mi amor.

VÁTEL. Voy á dar tregua á mis males
haciendo una pepitoria,
para calmar con la gloria
mis angustias paternales.
(*Baja á las cocinas.*)

ESCENA VIII.

CÉSAR *solo.*

MÚSICA.

¿Quién desde que estoy libre
me tose á mí?
Donde mis chochas fueron
me voy á ir.
Ninfa de mis amores,
yo vuelvo á tí
cual perdigon que corre
tras la perdiz:
cúbreme con tus alas
de serafin,
y no me importa un pito
del porvenir.
Ancho es el mundo,
y desde hoy,
niña morena,
contigo voy.
Puedo hacer libre
la oposicion,
que he presentado
la dimision.

ESCENA IX.

DICHO *y* LUCIA.

LUCIA. César, César.
CÉSAR. Adelante.
LUCIA. ¿Estás solo?
CÉSAR. Solo estoy,
y ademas estoy cesante,
y hoy contigo á comer voy.
LUCIA. ¿Tú cesante?
CÉSAR. Si, Lucia,
abandono el asador
por tus ojos, prenda mia.
LUCIA. Tú te pierdes por mi amor.
CÉSAR. Si es mi sino achicharrarme
á la lumbre de un fogon,
déjame que me achicharre
de tus ojos al calor:
pues sé que al verme
hecho un volcan,
con tu boquita
me soplarás.
LUCIA. Si me quieres cual te quiero,
y es tu amor de calidad,
cree César que su llama
no se apaga con soplar:
es una estopa
de especie tal
que si se sopla
se enciende mas.

CÉSAR. Mi padre hace muy poco
de aqui me despidió,
mas yo pretendo osado
vencer la situacion.
LUCIA. ¿Y cuál vá á ser entonces
la suerte de los dos?
CÉSAR. Nos queda el gran recurso

de abrir un bodegon.
Dar de comer barato
y dar por liebre gato;
guisado por tu mano
le comerá cualquier.
Mas al esposo
que cariñoso
su vida y alma
pone á tus pies,
cuando tus guisos
ame con fiebre,
gato por liebre
nunca le des.

LUCIA. Dar de comer barato
y dar por liebre gato
guisado por nosotros,
lo tomará cualquier.
Mas al esposo
que cariñoso
ante el vicario
me dé su fé,
si siente el fuego
de amante fiebre
gato por liebre
no le daré.

HABLADO.

LUCIA. ¿Con que estás despedido?
CÉSAR. Si morenilla,
y aspiro á ser el César
de tu cocina.
LUCIA. Hoy justamente
deseaba tenerte,
CÉSAR. Pues ya me tienes.
LUCIA. Precisamente mi amo
hoy come fuera,
en casa de un amigo
de su parienta,
y yo queria
darte á comer un plato

de mi cocina.

CÉSAR. ¿Hecho por esas manos?

LUCIA. Y de lo fino.

CÉSAR. ¿Conque tú tambien guisas?

LUCIA. Vaya si guiso;
¿pues qué pensabas?
¿Te has figurado acaso
que yo soy manca?
Lo malo es que me faltan
mil adherentes
para que salga un plato
de rechupete.

CÉSAR. Pues pide, tonta,
y házlo aqui en mis fogones
y eso te ahorras.

LUCIA. ¿Hay vino de Madera?

CÉSAR. ¿Pues no ha de haberlo?

LCIA. ¿Y ron de la Jamaica?

CÉSAR. ¡Vaya! y soberbio.
Hija, ¿no sabes
que en casa de un ministro
todo vá en grande?
(*Dándole unas botellas.*)
Ahí tienes lo que pides.

LUCIA. Pues al avio.
La cacerola limpia.
Échale vino.
Pónla en el fuego,
y menea tú mientras
echo yo el resto.
Asi que á hervir empiece
la cacerola,
le echas ron.

CÉSAR. ¿Pero cuánto?

LUCIA. Como una copa;
Verás qué bueno.

CÉSAR. Esta será una obra
de dos ingenios.

LUCIA. Sácalo asi que veas
que esté cuajado;
pero en tanto no dejes
de menearlo.

CÉSAR. Pues qué, ¿me dejas?
LUCIA. Quiero que al llegar, halles
la mesa puesta.
CÉSAR. ¿Y te marchas, ingrata,
sin darme en pago
de tan ciega obediencia
un solo abrazo?
LUCIA. Espera, hombre,
que esa fruta se deja
para los postres.
Hasta luego. (*Váse.*)
CÉSAR. Adios, tesoro.

ESCENA X.

CÉSAR *solo.*

No hay remedio para mí:
como ella me mire asi,
me derrito, me evaporo.
Y á mí me sale la cuenta
con mujer que asi me inspire,
porque al guiso que ella mire
ya no hay que echarle pimienta.
(*Se queda meneando la cacerola en el fogon de la derecha.*)

ESCENA XI.

DICHO, VÁTEL, *que sube meneando una gran cacerola, en conversacion con* BERTRAN.

VÁTEL. ¡Oh! si, señor, si, señor,
en dias de compromiso
ha de salir algun guiso
de manos del profesor.
Si, amigo mio, la ciencia
no estriba solo en mandar:
este plato ha de ocupar
el frente de su excelencia.
Un efecto de conjunto.

BERT. Seguro del triunfo estoy;
pero en el ínterin voy
á ver si todo está á punto.
(*Váse hácia arriba. Vátel deja la cacerola en el fogon izquierdo y saca el reloj.*)

ESCENA XII.

CÉSAR, VÁTEL.

VÁTEL. ¡Caramba! la media dada:
es ya la hora.
(*Se acerca á la boca de la escalera.*)
¡Atencion!
la primera division
preparada.
VOZ. (*Dentro.*) Preparada.
VÁTEL. (*Volviéndose al lado donde está César.*)
¿Qué es eso? ¿quién frie aqui
despues que mi voz sonó?
CÉSAR. Soy yo, papá.
VÁTEL. ¡Ah!
CÉSAR. Soy yo,
que me guiso para mí.
Estoy haciendo un pastel
que me ha enseñado Lucia.
VÁTEL. Buen preceptor, á fé mia;
buen guisado saldrá él.
Alguna tortilla, ¿eh?
CESAR. Un plato de profesor.
VÁTEL. ¿Profesor tú?
CÉSAR. Si, señor;
tan profesor como usted.
Pues qué, ¿ya se le olvidó
mi relleno de lechuga?
Y la sopa á la tortuga,
diga usted, ¿quién la inventó?
Y el queso de cardenal,
y el pastel de anca de rana,
y la crema á la sultana,
y el lechon sentimental,
¿no han sido creacion mia,

sin habérmelo enseñado?

VÁTEL. (*Ap.*) ¡Ay, talento malogrado!
la innovacion le extravia.

CÉSAR. Yo no respeto jamás
las reputaciones falsas.
Usté hace las mismas salsas
que hacian un siglo atrás.

VÁTEL. ¿Quieres callar, importuno?

CÉSAR. Hasta hoy callé por deber;
pero es hora de hacer ver
lo que vale cada uno.
En un convite de estado,
hecho por mi mano sola,
comieron gatos de Angola
creyendo comer lenguado.
¿Ha elevado usté el nivel
del arte á tamaña altura?

VÁTEL. (*Ap.*) ¡Qué rutilante fulgura
la chispa del genio en él!

CÉSAR. Contésteme usted, papá;
que en el terreno del arte
yo discuto en cualquier parte.

VÁTEL. Basta, César, basta ya.
Mucho pudieras lucir;
mas si con tus veleidades
te vas á las novedades,
me espanta tu porvenir.

CÉSAR. Corriente.

VÁTEL. (*Dirigiéndose á la boca de la escalera.*)
A ver, uno acá:
cuidarás que aquel potaje
(*A Severo, que habrá salido.*)
se vacie asi que cuaje,
pero entero.

SEVERO. Bien está.

VÁTEL. (*Desde arriba de la escalera.*)
Vamos á ver, todo el mundo
esté pronto al ejercicio.
Avance el primer servicio
y prepárese el segundo.
(*Suben y pasan con diferentes viandas, y él las va examinando.*)

Ese laurel del jamon
pónlo como debe estar.
Bajemos á repasar
la segunda division.
(*Los criados suben al comedor con las viandas y Vátel baja á las cocinas.*)

ESCENA XIII.

César *solo, meneando su cacerola.*

Para un estómago hambriento
este guiso es poca cosa.
(*Fijándose en la cacerola de su padre.*)
¡Qué idea tan luminosa
me ocurre en este momento.
La misma ley nos invita:
tomarás, dice aquel tomo,
la cacerola; (*Coge la de su padre.*) la tomo:
cumplo con la ley escrita.
Voy á ofrecerla á Lucia
como prenda de mi fé,
y en seguida volveré
por la cacerola mia.
(*Se marcha precipitadamente por la puerta de la calle.*)

ESCENA XIV.

Vátel, *subiendo, desde lo alto de la escalera á los de abajo.*

Está bien: la galantina
antes que la coliflor.
¡Qué movimiento, que hervor
reina en toda mi oficina!
¡Caramba, cómo me late
el corazon! Esta hora
del combate precursora,
es mas atroz que el combate.
Severo, hazme el favor
de traerme, muy ligero,

la casaca y el sombrero,
por si llaman al autor.
No llamarán; el gloton
no vé mas allá del plato;
el estómago es ingrato
tal vez mas que el corazon.
(*Sale Severo con una casaca, un sombrero, y una espada. Vátel toma la espada.*)
Arréglame un poco el pelo.
Ciño mi espada de honor,
hecha del mismo asador
con que se enristró mi abuelo.

ESCENA XV.

DICHO *y* BERTRAN.

BERT. ¡Bravo, señor Vátel, bravo!
es un convite soberbio.
VÁTEL. No sabeis, señor Bertran,
con qué efusion agradezco
la voz amiga que anima
mi escasísimo talento.
BERT. Ya no falta mas que el plato
que ha de ponerse en el centro.
VÁTEL. ¿Qué plato?
BERT. Aquel que hace poco
estabais vos componiendo,
para ponerlo delante
de monseñor.
VÁTEL. ¿Cómo es eso?
BERT. Como que falta ese plato
y está el servicio incompleto.
VÁTEL. Por Dios ¿me creeis capaz,
de hacer un servicio tuerto?
BERT. Pues el plato no está allí.
VÁTEL. ¡Que no está, válgame el cielo;
voy á enterarme yo mismo
si lo han llevado allá dentro!
BERT. Pero pronto.
VÁTEL. A la hora crítica
semejante contratiempo.

(*Váse corriendo por la escalera á las cocinas.*)

ESCENA XVI.

BERTRAN *solo.*

¡Como se aturrulla el pobre!
si sigue asi, sin remedio
va á parar en una jaula.
Sabe Dios dónde habrá puesto
el plato que busca.
(*Reparando en la cacerola de César.*)
¡Calle!
pues si lo tiene en el fuego!
¡Señor Vátel, señor Vátel! (*Llamando.*)
no responde.
(*En este momento atraviesa la escena Severo.*)
Tú, Severo;
trae una fuente, volando;
(*Severo se la presenta.*)
ténla firme, que lo vuelvo.
(*Vuelve la cacerola, y sale el pastel entero*)
Ah, ah, ah, como una seda;
arriba con él corriendo;
(*Le acompaña hasta la escalera.*)
que lo coloquen delante
de monseñor.

ESCENA XVII.

DICHO *y* VÁTEL, *que sale desencajado.*

VÁTEL. No lo encuentro.
BERT. Hombre, sosiéguese usted
que ya apareció.
VÁTEL. ¡Ay qué peso
me habeis quitado de encima!
si no podia ser menos;
estaria arriba.

BERT. No;
en este fogon hirviendo.
VÁTEL. ¿En qué fogon?
BERT. En este, hombre.
VÁTEL. En el de... y vos... ¡santos cielos!
Señor Bertran, por piedad,
mandad un posta corriendo
que no sirvan ese plato.
BERT. ¿Pero habeis perdido el seso?
VÁTEL. No, señor, no lo he perdido.
Sacar un guiso casero (*Ap.*)
delante la Europa culta.
BERT. Ya está de vuelta Severo.
(*En este momento baja Severo á la escena.*)
¿Dónde colocaste el plato?
SEVERO. Donde usted dijo, en el centro,
y no bien lo hube dejado
que empezaron á comerlo.
VÁLEL. ¡Me ha matado! ¡Me ha perdido! (*Ap.*)
¡Me ha llevado al cementerio!
BERT. ¿Pero qué pasa, hombre?
VÁTEL. Nada;
dejadme solo, os lo ruego.
Mas vale que no sepais...
dejadme solo...
BERT. No entiendo
qué querrá significar
con todos esos misterios.
(*Vánse arriba Severo y Bertran.*)

ESCENA XVIII.

VÁTEL *solo.*

Vátel, se llenó la copa;
no cabe vacilacion,
ese guiso es mi borron
á los ojos de la Europa.
Un negro de infamia velo
va tu gloria á oscurecer,
por tanto, debes hacer
lo mismo que hizo tu abuelo.

Ya nada me reconcilia
con la vida ni su goce,
pero esta espada conoce
la carne de la familia.
Dirá el mundo que indeciso
en mi fuerte posicion,
siendo dueño del fogon
me dejé birlar el guiso.
El genio de la cocina
contestará de seguro:
Vátel era un hombre puro
que murió por su doctrina.
Adios, ensueños de gloria,
templo profanado, adios!
(*Saca la espada y moja la punta con saliba.*)
ea, á la una, á las dos...

ESCENA XIX.

DICHO *y* BERTRAN, *con un laurel en la mano, y el* CORO *detrás.*

BERT. Victoria, Vátel, victoria.
VÁTEL. (*Ocultando la espada detrás.*)
¿Qué ocurre?
BERT. Que con razon
mereceis una corona;
aquel plato os porporciona
una completa ovacion.
Ha llegado á arrebatar
vuestro espléndido pastel.
VÁTEL. ¿Qué pastel?
BERT. ¡Aquel!
(*Señalando el fogon de César.*)
VÁTEL. ¡Aquel!
(¡Cosa mas particular!)
BERT. Ya se vé; cuando se trata
de sorprender al tropel
nada menos que con el
pudding á la cipolatta!

(*Vátel al oir esto suelta la espada y se queda estático.*)
No se cansan de alabar
la modestia, el tino, el gusto...

VÁTEL. Gracias, mil gracias, no es justo.
(¡Cosa mas particular!)

BERT. Y ha hecho tanto furor,
que el embajador inglés
comió dos veces ó tres.

VÁTEL. ¡Competente embajador!

ESCENA XX.

DICHOS, CÉSAR *y* LUCIA.

CÉSAR. Señores, ¿de qué es trata?

BERT. De hacer un obsequio honroso
al que ha encontrado el famoso
pudding á la cipolatta.

CÉSAR. (*Acercándose á su padre.*)
¿Conque al fin ha dado usté
con el guiso que buscaba?

BERT. En ese fogon estaba,
y yo mismo lo saqué.

CÉSAR. ¿En ese? (*Alarmado.*)

VÁTEL. (*Ap.*) No callará.

CÉSAR. Señores...

VÁTEL. (*Bajo á César.*)
Calla, traidor,
ó te meto un asador.

CÉSAR. (*Bajo.*) Eso es un plágio, papá.

VÁTEL. Calla, digo.

CÉSAR. Ya me callo,
mas la gloria es de Lucia.
¿Consentis que sea mia?

VÁTEL. No.

CÉSAR. Pues voy á alzar el gallo.

VÁTEL. (*Bajo.*) ¡César!

BERT. Ya que satisfecho
veo al profesor con vos,
voy á anunciar á los dos
la nueva de mas provecho.

CÉSAR. ¿Cuál es?
BERT. Que el embajador
dinamarqués, entusiasta
de un pastel tan...
VÁTEL. ¡Basta, basta!
BERT. Ha propuesto á monseñor
seis mil francos al contado
por cederle el cocinero;
y á pesar de ese dinero
monseñor ha rehusado.
VÁTEL. Me confunde su excelencia
con tanta honra inmerecida.
BERT. Dobló el otro la partida
con tanta y tanta insistencia,
que al fin monseñor le dijo:
al gran Vátel no os le cedo,
mas otro cederos puedo
que vale lo que él, su hijo;
y quedó el trato cerrado
con seis mil francos de haber.
VÁTEL. César, ¿qué piensas hacer? (*Con énfasis.*)
CÉSAR. Aceptar.
VÁTEL. Mas no casado.
CÉSAR. ¡Papá!
BERT. Tras nueva tan grata
os manda el amo un laurel,
y que repitais mañana el
pudding á la cipolatta.
Todo el cuerpo diplomático
vuelve mañana á comer.
CÉSAR. (*Ap.*) Pues aqui te quiero ver.
VÁTEL. (*Id.*) ¡Me partió, me dejó estático!
(*Cuadro. César toma una arrogante posicion, cruzándose de brazos y volviendo la espalda á su padre, mientras Vátel se acerca á él con la cara y el habla mas cariñosa posible.*)
César, ¿sabes que Lucia
es muchacha de talento?
CÉSAR. No he reparado.
VÁTEL. Lo siento,
porque esa chica podria

con una erudicion suave
mejorar su posicion.

CÉSAR. Ella no tiene ambicion;
le basta con lo que sabe.

VÁTEL. (*Yendo cariñosamente á buscar á Lucia, que estará en el extremo derecho.*)
Lucia, ¿por qué te estás
tan retirada, hija mia?
Ven á mi lado, Lucia;
tú no me estorbas jamás.

LUCIA. Como nuestras posiciones
son desiguales asaz...

VÁTEL. ¿Me crees á mí capaz
de estas preocupaciones?

LACIA. Yo creí...

VÁTEL. Creiste mal:
si César te ama, consiento
gustoso en tu casamiento.

LUCIA. ¿De veras, señor?

VÁTEL. Sí tal;
sea tu cuna cualquiera,
tu mérito te abre paso.

LUCIA. (*Arrodillándose á sus pies.*)
¡Ah, señor! en este caso...

VÁTEL. ¡Alza, jóven pastelera!
(*Bajo, llevándola á la boca de la escena.*)
¿Con qué sustancias extrañas
el nuevo pudding compones?

LUCIA. Con pasta de macarrones
ó con puré de castañas.

VÁTEL. (*Ap.*) ¡Es cierto; esa base encierra
tal tendencia á concentrar,
que al fin consigue hermanar
á la Italia y la Inglaterra.
(*Al coro.*) Señores, con ansia extrema
he luchado, mas no en vano:
ya veis que el saber humano
ha resuelto un gran problema.
Mi hijo nos abandona
para dar fruto con creces:
batid marcha de almireces
como á mi propia persona.

(Los cocineros vánse á preparar el triunfo y coger los instrumentos, y en el ínterin Vátel lleva á César á la boca de la escena)

César, vas á un pais frio,
que está en el arte atrasado:
recoge, pues, con cuidado
el postrer consejo mio.
Ya sabes que las naciones
de carácter mas distinto
guardan todas en su instinto
grandes preocupaciones.
No las ataques de frente;
modifícalas con arte,
si quieres acreditarte
de reformador prudente.
Si exigen innovaciones
los nobles dinamarqueses,
en las sopas y entremeses
puedes hacer concesiones,
y en los postres caben ripios
y frutas de la estacion;
mas nada de transaccion
tratándose de principios.
Guisa con el agua al lado;
y atento siempre á la fragua,
no esperes á echar el agua
cuando el guiso esté quemado.
Sírveles dulces selectos
á menudo y abundantes;
pero guarda los picantes
para los grandes efectos:
caso que no les conmuevas
con la pimienta sencilla,
puedes usar la guindilla,
pero de higos á brevas;
y aunque cien mezquinas almas
querrán tu vuelo atajar,
guísales bien sin cesar
y te batirán las palmas.
¡Hijo de mi corazon,
marcha á cumplir tu destino,
que yo siembro tu camino

con el laurel del jamon!

CORO.

Honor al faro espléndido
del porvenir.
De Vátel al discípulo
gloria sin fin.
Con el asado clásico
hecho por tí,
se chuparán los dedos
allende el Rin.
Marcha á vencer,
marcha á triunfar;
dáles jamon,
dáles faisan,
que mientras coma
la humanidad,
las mayorias
tuyas serán.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice. Madrid 12 *de Octubre de* 1858.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

3 0112 117469061